

JANET P. WILLIAMS

# UN DIOS QUE ES SIEMPRE MÁS

Iniciación a la espiritualidad  
apofática cristiana

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2021

Verdaderamente tú eres un Dios escondido:  
el Dios de Israel, el Salvador

(Isaías 45, 15)

Tradujo Fernando García-Baró Huarte  
del original inglés *Seeking the God Beyond. A Beginner's Guide  
to Christian Apophatic Spirituality*

Cubierta: imagen digital a partir de Paul Klee, *Fuego en la luna llena* (1933)

© J. P. Williams 2018

Published in 2018 by SCM Press (London, UK)

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2021

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tel.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es

[www.sigueme.es](http://www.sigueme.es)

ISBN: 978-84-301-2092-5

Depósito legal: S. 176-2021

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

# CONTENIDO

<i>Prefacio</i> .....	9
<i>Introducción. Hablad de mí tal como soy</i> .....	11

## Primera parte RAÍCES BÍBLICAS

Moisés: el fuego y la nube .....	21
El Cantar de los cantares .....	29
Juan el Bautista, profeta apofático .....	37
Jesús: Palabra y silencio .....	43

## Segunda parte LA «VIA NEGATIVA»

Desnudarse .....	55
Ascender .....	63
Desdecir .....	75
Unión .....	85

## Tercera parte PIONEROS DE LA FE APOFÁTICA

Gregorio de Nisa .....	99
El corpus dionisiano .....	107
El Maestro Eckhart .....	117
Nicolás de Cusa .....	129

## Cuarta parte COMPAÑEROS DE CAMINO

Atenas .....	143
La «mente del no saber» del zen .....	153

Quinta parte  
PRÁCTICAS APOFÁTICAS

La exuberancia: decir y desdecir en la parábola y la poesía .....	165
Peregrinación .....	175
Liturgia .....	183
Orar «en la caverna del corazón» .....	191
<i>Epílogo</i> . Hacia la tumba vacía .....	201
<i>Lecturas recomendadas</i> .....	205

## PREFACIO

Este libro podría considerarse el equivalente teológico a un manual de natación en aguas abiertas. No va dirigido ni a nadadores principiantes ni a quienes se preparan para participar en los Juegos Olímpicos. No pretende convencerte de que la natación en aguas abiertas –o sea, el cristianismo apofático– merece la pena porque te ayudará a conseguir algo bueno –quizás a ponerte en forma, o sea, a convertirte en un creyente convencido–. Considéralo más bien una iniciación básica en algo maravilloso de lo que tal vez muchos han oído hablar, pero pocos han probado. Mi objetivo es describir en qué consiste, compartir algo de esta tradición, indicar algunas actividades para ponerla en práctica, proponer algunos lugares donde se puede conocer de primera mano. Espero ser capaz de presentarla de manera lo suficientemente atractiva como para que te lances al agua.

No obstante, al igual que un libro sobre natación en aguas abiertas, debo hacer algunas advertencias. Si no sabes nadar, convendría que primero dedicaras un tiempo a aprender en una piscina con un monitor. Te recomiendo, por otra parte, que no te aventures a nadar en aguas abiertas tú solo y que no abandones tu zona de confort hasta estar suficientemente entrenado. De vez en cuando, alguien se ahoga; pero si eres prudente, a buen seguro que disfrutarás como nunca en tu vida.

Visto desde otra perspectiva (aunque en verdad se trate de quitarnos la «ropa» y de sumergirnos en la inmensa e impredecible corriente divina), este libro habla de algo que está en las antípodas de la natación en aguas abiertas. La tradición apofática, que según mi parecer se encuentra en el corazón del cristianismo místico, se reconoce cada vez más no como un entretenido pasatiempo para unos pocos, sino como algo profundamente necesario para que el

corazón humano prospere. Dicho claramente, se trata de una disciplina espiritual para aprender a ver lo real; y la doble meta a la que aspira es encontrar a Dios y llegar a ser nosotros mismos.

He tardado largo tiempo en decidirme a escribir estas páginas, en parte porque tenía presente la advertencia del Eclesiastés 12, 12: «Escribir muchos libros es nunca acabar y el exceso de estudio fatiga el cuerpo», y en parte porque la bibliografía sobre la tradición apofática ya es numerosa y de suficiente calidad. Aun así, me pareció que esta forma sencilla de abordar la cuestión podía ayudar a quienes desean conocer la naturaleza básica de esta tradición y sus principales características, así como experimentar la genuina alegría que proporciona este viaje espiritual. Y puesto que inteligencias mayores que la mía ya lo han expuesto, no me equivoco si aseguro que, en los peores momentos, aquí se encuentran algunos de los manantiales seguros que siguen dando agua dulce, limpia y corriente.

Esta es mi experiencia personal. Asimismo, puedo asegurar que, sin el enfoque apofático en el seguimiento de Cristo, podría haberme extraviado. Por esta razón, y apurando la metáfora del nadar en aguas abiertas, espero que el lector pueda hallar en las páginas que siguen el salvavidas que le permita mantenerse a flote.

## INTRODUCCIÓN

# HABLAD DE MÍ TAL COMO SOY

Existen diversos nombres para el camino espiritual que estamos a punto de emprender. A veces se lo denomina con la expresión, en latín, de *via negativa*; fórmula que, sin embargo, puede llevar a confusión, como explicaré más tarde. En otras ocasiones se lo pretende comprender a la luz de la «espiritualidad mística» o la «espiritualidad contemplativa», si bien ambas categorías son muy amplias y dentro de ellas hay incluso rasgos compartidos con ciertas espiritualidades asociadas a un maestro o a escuela de pensamiento específicos, categoría en la que se sitúan las variadas formas modernas de *mindfulness*. En algunos textos y contextos se define este camino sencillamente como «oración» u «oración pura», aunque, a menos que el término ya te sea familiar, esto no nos aclara mucho. A pesar de haberme esforzado por evitar la terminología teológica, no he hallado nada mejor que el vocablo griego *apofático* para referirme a este tipo de espiritualidad; de hecho, ninguna de las posibles traducciones actuales capta mejor que él su significado. Así que bienvenido, amigo lector, a esta introducción a la espiritualidad *apofática* en perspectiva cristiana. Si ya tienes noticia de esta tradición y has empezado a leer estas páginas para refrescar lo que ya sabes, no dudes en saltarte esta introducción y comienza directamente en la primera parte.

La trama de la famosa tragedia shakespeariana *Otelo* gira en torno a una profunda verdad de la psicología humana. Al abrirse el telón, el espectador asiste a una conversación entre dos caballeros que hablan sobre un «él» cuyo nombre no mencionan. El título del drama es la única pista disponible sobre quién puede ser ese «él». Oímos que «él» es soberbio, pretencioso y egocéntrico, y que es

un moro de «labios carnosos». Nos cuentan que ha «raptado» (y desposado) a una joven lugareña (hay comentarios burdos sobre la sexualidad: él es un «viejo carnero negro», «lascivo»), aunque también reconocen que es un jefe militar insustituible.

No conocemos al protagonista principal del drama, calificado como «el moro», hasta la segunda escena; el espectador tendrá que esperar hasta la tercera escena para saber que su nombre es Otelo. Después de haber escuchado todas esas cosas que dicen sobre «él», resulta chocante oírlo hablar con mesura y delicadeza, declamando algunas de las frases más poéticas de la obra. Parte de la información anterior sobre «él» era verdad (se trata de un hombre ya entrado en años, árabe, guerrero y casado recientemente), pero la realidad de su carácter, cuando la vemos por nosotros mismos, está muy lejos de la reputación que tanto se han afanado en atribuirle en la primera escena. Con este ingenioso recurso dramático se pone de manifiesto que toda la información que hemos escuchado acerca de Otelo está diciendo mucho más sobre los prejuicios, los estereotipos y la personalidad de los hablantes que sobre el sujeto del que hablan.

El dramatismo de la trama se va tejiendo con terrible fatalidad a partir de esta idea básica: con cuánta facilidad creemos lo que se nos dice; con cuánta frecuencia dejamos que ello nos ciegue ante la realidad que se encuentra a un palmo de nuestras narices; cómo echamos a perder el amor y la vida por dar más crédito a la información que nos proporcionan los demás que a nuestra propia experiencia y a la intuición de nuestro corazón. La sincera súplica de Otelo antes de quitarse la vida rebosa de digna sencillez: «Hablad de mí tal como soy».

A pesar de su anacronismo, este es un buen punto de partida para nuestra iniciación a la teología apofática. Como ocurre con los personajes de *Otelo*, sabemos de la reputación de Dios antes de conocerlo (conscientemente). Acumulamos información de todo tipo: alguna buena y útil, otra confusa y, en el fondo, pernicioso para nosotros y para los demás. En todo caso, hemos de prepararnos para que cuando el protagonista divino haga su ingreso en nuestra escena personal o eclesial, seamos capaces de acogerlo en su integridad y con la suficiente lucidez como para que lo que hemos aprendido acerca de él no distorsione nuestro encuentro, ab-



solutice cualquiera de sus rasgos o provoqué interpretaciones parciales y equivocadas. Acogerlo con la suficiente lucidez como para discernir qué debemos descartar como simple falsedad y qué cosas reflejan más los prejuicios, los estereotipos y la manera de ser de quienes nos han hablado de Dios que la realidad misma de Dios. La analogía da para lo que da, por supuesto, pero basta echar un vistazo a la historia de la Iglesia para caer en la cuenta de que sobran razones para lamentarse, con las últimas y trágicas líneas de la obra de Shakespeare, cuando reflexionamos sobre lo que decimos acerca de Dios, siempre «más cruel que la angustia, el hambre o el mar» (*Otelo*, acto 5, escena 2).

Así pues, si vamos a hablar de Dios tal como es, tenemos que verificar aquello que decimos —tan a menudo como sea posible— con la piedra de toque de nuestra experiencia de vivir en camino hacia el encuentro con él. Y al admitir que tanto nuestras experiencias individuales como los relatos de la experiencia común de la Iglesia pueden quedar deformados por los prejuicios, los estereotipos y las «manías» personales, no nos queda más remedio que admitir en todo lo que decimos y oímos un cierto carácter de provisionalidad. Esto, aunque inquieta a muchos, no entra en contradicción con la fe: es a Jesús, «Camino, Verdad y Vida», a quien estamos llamados a ser fieles, no a una interpretación particular expresada en palabras. Como se dice a menudo, lo opuesto a la fe no es la duda, sino la certeza.

Hay muchas fuentes (la Biblia, la filosofía y la experiencia de oración que la Iglesia ha ido viviendo en cada época y que los teólogos han formulado) que confluyen en lo mismo: Dios, que se dirige a nosotros con amor y compasión a través de la vida de Jesucristo y de la inspiración del Espíritu Santo, que sale a nuestro encuentro en la celebración litúrgica y de los sacramentos, en la oración, en los momentos de gracia en el mundo y en las relaciones humanas, está al mismo tiempo muy lejos de nuestro alcance. Las palabras que usamos para describir a Dios se parecen más al dedo que nos señala la dirección correcta que a una descripción rigurosa o a una definición de diccionario. Dios no solo está más allá de nuestro lenguaje, sino también de nuestra mente. Nosotros, que nos encontramos debajo de Dios, carecemos de la perspectiva que nos permitiría entenderlo.